

LA EDUCACIÓN EN *EL AMIGO MANSO* DE GALDÓS

SERGIO D. LOZANO FERNÁNDEZ



TRABAJO DE FIN DE MÁSTER EN PROFESORADO DE EDUCACIÓN
SECUNDARIA. ESPECIALIDAD: LENGUA Y LITERATURA

Convocatoria: Septiembre de 2015

Tutor:

Gabriel Núñez Ruiz

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN.....	3
2. ASPECTOS KRAUSISTAS.....	5
3. ASPECTOS INSTITUCIONISTAS.....	8
3.1. La educación de la mujer.....	19
4. OBJETIVO DE GALDÓS EN LA NOVELA.....	22
4.1. Política y oratoria en <i>El amigo Manso</i>	22
4.2. El gran asunto de la educación en <i>El amigo Manso</i>	27
5. ACTUALIDAD PEDAGÓGICA EN <i>EL AMIGO MANSO</i>	37
6. CONCLUSIONES.....	41
7. BIBLIOGRAFÍA.....	44

1. INTRODUCCIÓN

Este Trabajo Final de Máster que presento es una investigación histórica sobre la novela *El amigo Manso* (1882) de Benito Pérez Galdós. En esta obra he querido analizar el «gran problema de la educación», su tema principal. El relato desarrolla unas teorías pedagógicas enmarcadas en el krausismo español que fueron las utilizadas y defendidas por la Institución Libre de Enseñanza (1876-1936).

La novela cuenta con un elenco de personajes que representan la sociedad de la Restauración borbónica. El colectivo de los intelectuales liberales lo representaría el protagonista Máximo Manso, un catedrático de instituto en Filosofía. El relato galdosiano desarrolla las vicisitudes a las que se tendrá que enfrentar este profesor, que se puede identificar con el ideario krausista. Estos sucesos narran las incompatibilidades que presentaban los krausistas –defendían una filosofía moral basada en el esfuerzo ante una sociedad arribista donde “la corrupción moral de las clases acomodadas y la cínica indiferencia de los dirigentes” (López-Morillas, 1972: 130) no permitía que permearan cambios relevantes con respecto a Europa.

El resto de personajes que analizo en este trabajo son: el hermano del protagonista, José María Manso, un indiano que regresa de Cuba enriquecido y con una gran familia persiguiendo el objetivo de prosperar socialmente. Para cumplir este objetivo, comienza su andadura en la política española, trayectoria que refleja su categoría moral, sus límites intelectuales y falta de vocación política. Doña Cándida es una vecina del protagonista que representa la picaresca de una burguesía arruinada, vive con su sobrina huérfana, Irene, que representará un papel crucial en la evolución vital de Máximo Manso. Doña Javiera es también vecina del protagonista, una comerciante de carne enriquecida que confía a Manso la dirección intelectual de su hijo, Manuel Peña, un chico con grandes posibilidades pero que la escuela tradicional no le motiva ni le interesa. Estos son los personajes principales de la novela que, como el catedrático calificará, se caracterizan por tener una “moral casera” que harán tambalear los principios absolutos de Manso.

Esta investigación histórica sobre dicha novela galdosiana la presento estructurada en cuatro partes principales. Las dos primeras, aspectos krausistas y

aspectos institucionistas, recogen una somera descripción de lo que consiste cada movimiento y la interpretación que he considerado que Galdós vierte en su novela. En la tercera, he analizado la posible intención del escritor canario al escribir esta obra. Por último, he querido recoger los métodos pedagógicos que utiliza Manso con su discípulo durante su dirección intelectual, debido a que me han resultado aplicables en las aulas de la actualidad.

Durante la realización de este trabajo, he tenido que desestimar ciertos aspectos muy interesantes de la obra que analizo. Cuestiones como la ficcionalidad literaria del protagonista –de la que hay ya mucho escrito-, sobre Hegel y Schlegel –aspecto que ha estudiado Hoddie (1996)- y la religiosidad –que aquí solo menciono- la ha estudiado profundamente Martín Ezpeleta (2008).

2. ASPECTOS KRAUSISTAS

El krausismo es una doctrina procedente del filósofo alemán Karl Christian Friedrich Krause (1781-1832) que en España se difundió inicialmente por Sanz del Río. Elías Díaz (1989: 46) nos indica que, tras la muerte del español y la Restauración borbónica en 1875, existe una segunda etapa de desarrollo y difusión del krausismo en España, encabezada por Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza, a partir de 1876. En este último estadio “la base krausista se transforma, influida por tendencias hegelianas, positivistas y neokantianas que comienzan a recibirse en España” (Díaz, 1989: 46).

Sin embargo, “no se puede olvidar que el krausismo y el positivismo [...] son corrientes minoritarias, cuyo dinamismo moviliza solo al sector de la intelectualidad liberal progresista, fuera del discurso hegemónico de las clases dominantes” (Lissorgues, 1998: 31-32) compuestas por la aristocracia, la alta burguesía y el poder político. Esto parece reflejarse en *El amigo Manso* ya que el protagonista es el único intelectual de la obra y el único que defiende una filosofía que se puede identificar con el krausismo.

El krausismo es un sistema filosófico, principalmente, definido como Racionalismo armónico. Sanz del Río defendió la idea de que consiste en un racionalismo “fundado en la justa estima y justas relaciones de todas las facultades cognoscitivas del espíritu, pero todas bajo la forma, carácter y regulador unitario y permanente de la razón” (Díaz, 1989: 49). Esta filosofía alemana “tuvo que luchar en España contra el escolasticismo y con el tradicionalismo existente en el campo político, social y educativo” (Díaz, 1989: 50).

El racionalismo armónico procedente del primer krausismo conlleva:

Una concepción organicista de la sociedad [...] la filosofía social del krausismo implica el mejoramiento del hombre para que pueda haber mejoramiento social: esta idea, implícita en la doctrina de Krause, será altamente proclamada como principio, después del fracaso del Sexenio, para anular la idea de revolución, de cualquier revolución sustituirla por la de evolución (Lissorgues, 1998a: 36).

Esta evolución solo era posible a través de la Educación, fundamentada en la enseñanza, ciencia y el arte, que constituían los cimientos curriculares de la Institución Libre de Enseñanza. Esta entidad nombró a Spencer y Darwin como profesores honorarios, según nos cuenta Lissorgues (1998a: 41), intelectuales que aparecen en la novela galdosiana que me ocupa junto a Schiller y Schelling, entre otros. Por tanto, se puede afirmar que en *El amigo Manso* aparecen los autores que estaban siendo los protagonistas europeos de las innovaciones del pensamiento y los descubrimientos científicos hallados a los que tanta atención prestaban los institucionistas, que crearon el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* para dar a conocer en España todos estos avances.

Manso representa a ese tipo de intelectual interesado en los descubrimientos europeos: escribe un prólogo para una obra de Hegel, tiene en su biblioteca personal libros de Spencer, que Manuel Peña utiliza para su discurso político, etc. Lissorgues (1998a: 32) nos dice al respecto que, aunque no sobresale ningún representante notable del positivismo, Spencer es el que está más presente en las ideas de los intelectuales españoles.

El krausismo conllevaba una filosofía para la vida procedente del *Ideal de la Humanidad para la vida* (1860) de Krause, “que podíamos calificar de progresiva, ya que el hombre «imagen vida de Dios» es capaz de «progresiva perfección»” (Lissorgues, 1998a: 35). Si hay algo que se repite en *El amigo Manso*, más que “una cosa atroz” de doña Cándida, es la palabra “metafísica” que, como recuerda Lissorgues (1998: 331), los krausistas importaron, interiorizando la idea de la perfectibilidad del ser humano. Manso representa este ser perfecto de la Humanidad, el hombre Dios, sobre todo al principio cuando se nos describe. Manso no bebe, no fuma, afirma que su comida favorita es un plato de garbanzos y su sencillez está presente hasta en lo más nimio de nuestra cotidianidad:

Me lo corto a lo quinto [el pelo], sacrificando a la sencillez un elemento decorativo que no suelen despreciar los que, como yo, carecen de otros. Visto sin afectación, huyendo lo mismo de la novedad llamativa que de las ridiculeces de lo anticuado. Apuro mi ropa, medianamente, con la cooperación de algún sastre de portal, mi amigo [...] no recuerdo haber comido nunca sin apetito. No soy gastrónomo; no entiendo papalotada de

refinados manjares ni rarezas de cocina. Todo lo que me ponen delante me lo como sin preguntar al plato su abolengo ni escudriñar sus componentes (Pérez Galdós, 2010: 149)¹.

Esa idea de entereza humana procedente del krausismo es uno de los aspectos que Galdós experimenta con Manso, experimento que abordaré más adelante pero que aparece reflejado en su pedagogía, ya que el krausismo defiende que el “maestro debe ser un ejemplo en todo” (Lissorgues, 1998a: 42). Esta entereza y ejemplaridad de Manso es una de las razones por las que doña Javiera confía en que sea él quien eduque a su hijo; la razón por la que “la familia [de su hermano] confiaba principalmente en mí” (p. 322); la razón de que Lica “se admiraba de que un criterio tan sano [el de Manso] no triunfara en la sociedad, anonadando el error y las preocupaciones” (p. 271).

Del krausismo queda mucho por decir pero mi objetivo en este Trabajo Final de Máster es estrictamente identificar las teorías que Galdós quiso verter en esta novela, tanto positiva como negativamente. Por tanto, para concluir estos breves epígrafes sobre el krausismo, voy a utilizar las palabras con las que Pierre Jobit definió escuetamente el krausismo: “espíritu de armonía, culto a la ciencia y moralismo” (citado en Díaz, 1998: 336).

¹ Mi análisis está basado en esta edición de la obra, que en adelante solo indicaré el número de página para evitar las continuas repeticiones.

3. ASPECTOS INSTITUCIONALISTAS

Llegando a este punto, huelga decir que el krausismo español alcanza su “madurez histórica cuando deja de ser un sistema metafísico-filosófico homogéneo, es decir, cuando los creadores de la Institución Libre de Enseñanza matizan sus doctrinas, hasta tal punto que en adelante el krausismo puede llamarse institucionalismo” (Lissorgues, 1998a: 34).

Antes de sumergirnos en la ILE y sus principios, vamos a recordar brevemente el contexto histórico en el que nació. El trabajo de Guerrero Salom (1977) nos ayuda a comprender la situación española desde el despotismo ilustrado, momento en el que nuestro país se encontraba con un gran atraso intelectual, entre otros, con respecto a Europa. Las mejoras científicas y pedagógicas que necesitaba España chocaban con la Iglesia y con la intransigencia de la Inquisición. Las escasas escuelas primarias conformadas por “docentes ignorantes y maltratados”; los centros de secundaria estaban dominados por órdenes religiosas; y la Universidad “terriblemente celosa de una autonomía malgastada en vanas discusiones silogísticas” (Guerrero Salom, 1977: 10), es decir, la educación existente no podía dirigir el cambio que pretendía el despotismo ilustrado español, por lo que los primeros avances los protagonizarán las Sociedades Económicas de Amigos del País, institutos propugnados por Jovellanos, principalmente en Gijón, entre otras entidades.

La inestabilidad política caracterizada por el enfrentamiento de absolutismo-liberalismo, siguiendo el estudio de Guerrero Salom (1977), va desarrollando un proceso centralizador que culmina en la Ley Moyano de 1857. Sin embargo, la lucha por el poder político estará acompañada por la lucha en el control de la Educación. La Iglesia española pretenderá seguir imponiendo su dominio en el campo ideológico y frente a esta, se hallaban los liberales que reclamaban la neutralidad del Estado. A pesar de todo, la educación del país requería un plan, que por su envergadura, solo podía construir el Estado:

El krausismo, que supone un enfrentamiento ideológico y político al grupo dominante de la España pre-68, confluirá junto con otras corrientes, ya en la Restauración, en la creación de una empresa educativa paralela, destinada a conformar las élites necesarias para el cambio. De ahí, que el institucionalismo sea algo más concreto, y al mismo

tiempo más amplio, que el krausismo como tal corriente filosófico-moral (Guerrero Salom, 1977: 12-13)

Ya existían otras corrientes en Europa pero Sanz del Río, el principal precursor del krausismo en España, a pesar de que conocía la filosofía de Hegel, Schelling o Kant, se decidió por una adaptación de Krause por sus consecuencias humanistas y conciliadoras: “El krausismo les ofrecía un misticismo, una cuasi-religión que sustituyera los destrozos causados en la fe por el enfrentamiento con una ortodoxia que no ofrece más alternativa que la acepción del dogma inamovible (Guerrero Salom, 1977: 16).

Sin embargo la oposición al krausismo no provino directamente de la jerarquía eclesiástica, sino de quienes militaban en la extrema derecha constitucional, del grupo conocido como los neocatólicos [...]. Desde *El pensamiento Español*, fundado en 1860 por Navarro Villoslada, se dirigían los más duros y frecuentes ataques a los krausistas (Guerrero Salom, 1977: 17).

Muchos de los defensores del krausismo fueron expulsados de sus cátedras, cuando pretendían enseñar aspectos censurados por la Iglesia, y se refugiaron en el Colegio Internacional creado por Nicolás Salmerón en 1866; institución precedente de la ILE hasta su creación en 1876. El contexto de nuestra obra es la Restauración que, según Guerrero Salom (1977: 22), retrotrajo la situación anterior a 1868, ya que se restablecieron los libros de texto y programas, estableciendo que no se podía explicar menoscabando la monarquía.

No podemos olvidar la cercanía que presentan estos sucesos con *El amigo Manso* (1882), y conociendo la buena sintonía que Galdós mantenía con esta filosofía educativa, a la que estuvo ligado gracias a su amistad con Giner de los Ríos a través del Ateneo. Tras esta escuetísima descripción sobre el nacimiento de la ILE voy a analizar las características más significativas que presentaba la Institución y que se aprecian en la novela galdosiana.

Guerrero Salom (1977: 25) nos dice que uno de los estatutos de la ILE, en concreto el artículo 15, establecía su neutralidad religiosa y confiaba en la propia conciencia del profesor como único responsable de sus doctrinas. Para ello, era

necesaria una alta probidad en el equipo humano que seleccionaban. “El krausista, pues, enseña con toda su persona, de la que la ocupación propiamente docente no es más que un aspecto modal” (López-Morillas, 1972: 85). Por consiguiente “se pretendía escoger al profesorado valorando fundamentalmente su vocación, severidad y probidad de conducta, dotes de investigación y exposición” (Guerreo Salom, 1977: 26) y consiguieron hacerse con un equipo intelectual al nivel que pretendía la ILE “Todos estos profesores tienen una especialidad que cultivan con afán en sus actividades docentes y de investigación [...] pero no se limitan a extender y profundizar la materia de su asignatura sino que están siempre presentes en todos los frentes del saber” (Lissorgues, 1998: 324).

Veamos cómo se refleja en la novela galdosiana el perfil docente. Sobre la probidad de conducta qué mejor ejemplo que el protagonista, Máximo Manso, un ser políticamente perfecto, hecho que desarrollaré en otro apartado, pero del que podemos adelantar que, en teoría, refleja este perfil tan impecable de docente que requería la Institución.

Sobre el catedrático de instituto Máximo Manso, cabe decir que cuenta con unos 35 años de edad y le encanta su labor docente “Yo era feliz con esta vida” (p. 170), como reconocerá cuando está educando a Peña. Alaba la labor docente reconociendo que aunque él tenía una alta predisposición por el estudio, la ayuda de un buen maestro le resultó fundamental:

Por singular beneficio de mi naturaleza, desde niño mostré especial querencia a los trabajos especulativos, a la investigación de la verdad y al ejercicio de la razón, y a tal ventaja se añadió, por mi suerte, la preciosísima de caer en manos de un hábil maestro que desde luego me puso en el verdadero camino (p.147).

La relevancia que otorga al trabajo del maestro que sirve de guía en las materias es paralela a su defensa de la Filosofía, ya que argumenta que los que no la entienden “será porque han querido penetrar en ella sin método, que es la guía de sus tortuosos senos, o porque estudiándola superficialmente, han visto sus asperezas exteriores, antes de gustar la extraordinaria dulzura y suavidad de lo que dentro guarda” (p.147), es decir, porque no han contado con un guía que les conduzca adecuadamente.

Máximo Manso tuvo la suerte de aprender con un maestro vocacional y la vocación pedagógica de Manso se refleja cuando consigue despertar el entusiasmo de su discípulo ante los contenidos curriculares que le enseñaba:

Al comenzar nuestras conferencias me confesó ingenuamente que el *Quijote* le aburría; pero cuando dimos en él, después de bien estudiados los poetas, hallaba tal encanto en su lectura, que a veces le corrían las lágrimas de tanto reír; otras se compadecía del héroe con tanta vehemencia, que casi lloraba de pena y lástima. Decíame que por las noches se dormía pensando en los sublimes atrevimientos y amargas desdichas del gran caballero, y que al despertar por las mañanas le venían ideas de imitarle, saliendo por ahí con un plato en la cabeza. Era que, por privilegio de su noble alma, había penetrado el profundo sentido del libro en que con más perfección están expresadas las grandezas y las debilidades del corazón humano (p.168-169).

Se comprueba aquí que el profesor consiguió dar con la forma adecuada para que su alumno aprendiera un contenido necesario para su formación humanística; para lo cual, Manso reforzó el bagaje del discente con el que aumentó sus conocimientos de forma más efectiva. Asimismo, cumple con uno de los principios educativos que se propuso la Institución, ya que se pretendía “despertar el interés de sus alumnos hacia una amplia cultura general” (Guerrero Salom: 1977: 35). De su placer por el *Quijote*, por el *Parnaso español* y su capacidad para recitar admirablemente fragmentos de poemas modernos podemos afirmar que Manso consiguió otro de los principios que se propusieron los institucionistas: “la depuración de los gustos estéticos [a través] de manantiales de poesía en donde toma origen el más noble y más castizo dechado de la raza, del arte y de la literatura españoles” (Guerrero Salom, 1977: 35).

Antes de que Manso se encargara de enseñar a Peña, su madre doña Javiera expone la clase de docente que su hijo necesita:

Se me ha ocurrido que para enderezar a mi hijo y ponerle en camino y hacer de él un hombre, un gran señor, un caballero, no conviene llevarle la contraria, ni sujetarle por fuerza, sino... a ver si me explico...Conviene arrearle poco a poco, irle guiando, ahora un halago, después un palito, mucho ten con ten y estira y afloja, variarle poquito a

poquito sus aficiones, despertarle el gusto por otras cosas, fingirle ceder para después apretar más fuerte, aquí te toco, aquí te dejo ponerle un freno de seda, y si a mano viene, buscarle distracciones que le enseñen algo, o hacerle de modo que las lecciones le diviertan...Si le pongo en manos de un profesorazo seco, él se reirá del profesor. Lo que le hace falta es un maestro que, al mismo tiempo que sea maestro, sea un buen amigo, un compañero que a la chita callando y de sorpresa le vaya metiendo en la cabeza las buenas ideas; que le presente a la ciencia como cosa bonita y agradable: que no sea regañón, ni pesado, sino bondadoso, un alma de Dios con mucho pesquis; que se ría si a mano viene, y tenga labia para hablar de cosas sabias con mucho aquél, metiéndolas por los ojos y por el corazón (p.164).

Este discurso de “una mujer sin lecturas” (p. 164) refleja la educación tradicional frente a la nueva pedagogía que defendía la Institución. Estas palabras tienen un eco similar a las que escribió Francisco Giner hablando de la educación “un educador intencional como aquel que desempeña la función reflexiva, definida, discreta, propia del arte de los demás órdenes de la vida, de excitar la reacción personal de cada individuo” (citado en López-Morillas, 1972: 84). Manso, muy afín a las teorías defendidas por la ILE, se muestra capacitado para el encargo y así lo muestra en el relato:

Bien al cuidado tuve al principio de no hablar a Manuel de estudios serios, y ni por casualidad le menté ninguna ciencia, ni menos la filosofía, temeroso de que saliera escapado de mi despacho. Hablábamos de cosas comunes, de lo mismo que a él tanto le gustaba y yo había de combatir; obliguéle a que se explicase con espontaneidad, mostrándome las facetas todas de su pensamiento, y yo al mismo tiempo, dando a aquellos asuntos su verdadero valor, procuraba presentarle el aspecto serio y trascendente de todas las cosas humanas, por frívolas que parezcan (p.167).

Doña Javiera explica muy bien que el maestro adecuado para su hijo se lo tiene que ganar, otro de los principios de la ILE “mutuo abandono y confianza entre maestros

y alumnos; íntima y constante acción personal de los espíritus” (Guerrero Salom, 1977: 36), aspecto que Manso reconoce y obtiene del discente:

Desde el primer día conocí que inspiraba a mi discípulo no solo respeto sino simpatías; feliz circunstancia, pues no es verdadero maestro el que no se hace querer de sus alumnos, ni hay enseñanza posible sin la bendita amistad, que es el mejor conductor de ideas entre hombre y hombre (p. 167).

Manso detalla que su discente poseía buenas cualidades innatas que necesitaban pulirse, llevando a cabo otro objetivo institucionista ya que “todo krausista alienta un educador cuya misión consiste en actualizar lo que en el educando es solo potencial, en promover la transformación del niño en hombre, del obcecado en cuerdo, del perverso en virtuoso” (López-Morillas, 1972: 83)

La Institución basaba uno de sus principios en que se realizase un “trabajo intelectual sobrio e intenso, juego corporal al aire libre, larga y frecuente intimidad al aire libre” (Guerrero Salom, 1977: 36). Esto se refleja durante todo el relato:

Si quería imbuirle algún principio artístico, procuraba hacerlo delante de una obra de arte. En lo moral empleaba apólogos y parábolas y hasta demostraciones materiales, y los fenómenos del orden físico los explicaba, siempre que podía, delante del fenómeno mismo (p. 169).

Además de explicar a Peña conocimientos sobre la realidad, también cumplía el principio de contacto con el arte, ya que iban a menudo al museo del Prado, donde Manso le explicaba las artes plásticas. En esas visitas al museo, Peña confesó: “Antes había venido yo muchas veces al Museo, pero no lo había visto hasta ahora” (p. 169); también cumplían con el contacto con la naturaleza [en El Retiro], ya que “la Institución fomentó en gran medida las excursiones escolares, excursiones para mantener continuo contacto con la naturaleza, excursiones a museos, a centros industriales, algunas fuera de España” (Guerrero Salom, 1977: 40). Manso cumplió con este precepto tanto con su discípulo como con sus sobrinos: “Para completar el estudio de la mañana, salíamos a pasear por las tardes, ejercitándonos en cuerpo y alma, porque a un tiempo caminábamos y aprendíamos. [...] De todo hablábamos, de lo que veíamos de lo que se nos ocurría” (p. 169).

Manso defendía el deporte y al describirse considera que “a consecuencia de lo bien ordenados ejercicios gimnásticos, poseo bastante agilidad y salud inalterable” (p. 148). Manso tenía muy presente esta idea: “En los días buenos, Irene y las tres criaturicas salían de paseo. Yo cuidaba mucho de que no se alterara aquella costumbre, recomendada por la higiene” (p. 217); “no consagrando al estudio más que las horas de la mañana” (p.207).

Como buen maestro, Manso fue capaz de conocer pronto los puntos débiles y fuertes de su alumno “De las determinaciones de su espíritu me parecieron más débiles el concepto y la volición” (p. 167), ¡Lástima grande que el chico no supiera ni jota de latín [...]! Confinados en nuestra lengua, la emprendimos con el Parnaso español” (p. 168), clases con las que disfrutaba mucho el alumno. Su gran memoria, su aprecio por la Historia, “le seducían las cuestiones palpitantes y positivas, manifestando hacia las especulativas repugnancia notoria” (p. 185). Manuel Peña detestaba la filosofía y “lo único que pude conseguir de él fue que pusiese alguna atención en la historia de la filosofía, pero mirándola más como un objeto de curiosidad y erudición que como objeto de conocimiento sistemático y de ciencia [como abogaba el krausismo y la Institución]” (p.186).

Manso afirma de Peña que “Era un artista, sentía ardientemente la belleza, y aun sabía apreciar los primores del estilo, a pesar de hallarse desposeído en absoluto de conocimientos gramaticales” (p. 168). El proceso de aprendizaje de Manuel Peña seguía dando sus frutos a pesar de que no era demasiado bueno escribiendo quintillas “le convencí [...] de que son cosas muy distintas sentir la belleza y expresarla” (p. 168). Sin embargo, Manso también se preocupó de que su alumno mejorase sus escritos:

Uno de mis principales fines de mis lecciones debía ser enseñar a Manuel a expresarse por medio del lenguaje escrito, porque si en la conversación se producía bien y con soltura, escribiendo era una calamidad. Sus cartas daban risa. Usaba los giros más raros y la sintaxis más endiablada que puede imaginarse, y la pobreza de vocablos corría parejas en él con la carencia de criterio ortográfico. Conociendo que la teoría gramatical no le serviría de nada sin la práctica, combiné los dos sistemas, obligándole a copiar trozos escogidos, no de los antiguos cuya

imitación es nociva, sino de los modernos como Jovellanos, Moratín, Mesonero, Larra y otros (p.169).

Esta misma afirmación la escribió Jovellanos, allá por el año 1802, en su *Memoria sobre Educación Pública...*:

Si pues lo que el hombre hubiere de hablar y escribir, y por la mayor parte lo que hubiere de leer en el discurso de su vida, no ha de pertenecer a las lenguas muertas, sino a las de la sociedad en la que vive, y a la cual debe consagrar sus talentos (Jovellanos, 2012: 126).

En esta obra se aprecia la influencia de Rousseau en Jovellanos al igual que “las ideas pedagógicas de Krause coinciden en muchos puntos con las de Rousseau” (López Morillas, 1972: 83).

Hecho este inciso, volvamos con el proceso educativo del discípulo de Manso. Desde el principio, Manuel Peña logra deslumbrar por su agilidad mental y oratoria:

Yo le mandaba que me hiciera memorias sobre cualquier punto de Historia o de Economía. Hechas en breve tiempo me las leía, y si me admiraba en ellas la solidez del juicio, me exasperaba lo tosco y pedestre del lenguaje. Ni aun pude corregir en él las faltas ortográficas, aunque a fuerza de constancia, mucho adelanté en esto [...] Mandábale yo que aquello mismo tan bien pensado en las memorias y tan perversamente escrito, me lo expresase en forma oral, y aquí era de ver a mi hombre transformado, dueño de sí, libre y a sus anchas como quien se despoja de las cadenas que le oprimían (p.185).

Este último hecho formaba parte ordinaria de los principios básicos en los que se fundamentaba la ILE, ya que se trataba de incitar en los alumnos a elaborar “cuestiones y nuevos puntos de vista, enseñando a razonar con rigor y a resumir con claridad y precisión los resultados” (Guerrero Salom, 1977: 37).

La pregunta que se hace Manso “«Este muchacho qué va a ser [...] ¿Tendremos en él una de tantas eminencias sin principio, o la personificación del espíritu práctico y positivo?»” (p.186) está estrechamente vinculada al de los principios de la ILE ya que uno de ellos era ofrecer:

Una educación profesional de acuerdo con sus aptitudes y vocación, escogida más a conciencia de lo que es uso; tiende a prepararlos para ser en su día científicos, literatos, abogados, médicos, ingenieros, industriales..., pero sobre eso y antes que todo eso, hombres, personas capaces de concebir un ideal, de gobernar con sustantividad a su propia vida y de producirla mediante el armonioso consorcio de todas las facultades (Guerrero Salom, 1977: 35).

Asimismo, esto también se aprecia en nuestra novela “Yo [Manso] no cesaba de pensar en las dificultades con que Manolito tendría que combatir para abrirse paso en la sociedad y para ocupar en ella un puesto conforme a sus altas dotes” (p.188).

A la Institución Libre de Enseñanza “si le importa forjar el pensamiento como órgano de la investigación racional y de la ciencia, no le interesan menos la salud y la higiene, el decoro personal y el vigor físico, la corrección y la nobleza de hábito y maneras” (Guerrero Salom, 1977: 35). Estas cuestiones las reflejó intensamente Galdós a través de Manso.

El valor que los institucionistas le otorgaban a la salud se aprecia en la autodescripción de Manso “soy bien nutrido, fuerte, musculoso, mas no pesado ni obeso. Por el contrario, a consecuencia de los bien ordenados ejercicios gimnásticos, poseo bastante agilidad y salud inalterable” (p. 148), “ya dije que mi salud es preciosa” (p. 149). Más avanzada la novela, cuando se mojan por la lluvia en el Retiro, durante un paseo, Manso está preocupado por si se resfrían Irene y los niños. Ella le responde que no se preocupe que ella tiene buena salud ya que nunca ha estado mala, a lo que Manso piensa “¡Bendita Providencia que a tantos dones eminentes añadió a aquella criatura el de la salud” (p.237). Aunque en este último ejemplo están presentes otros sentidos, me sirve de ejemplo para ilustrar su preocupación por la salud.

Un aspecto que se repite intensamente es la escuela de la pobreza. Manso afirma que a pesar de:

La fortunita que dejó mi padre, la cual supo ella [su madre] defender con su economía, no gastando sino lo estrictamente necesario para vivir y darme carrera como pobre. Vivíamos, pues, en decorosa indigencia pero

aquellas escaseces dieron a mi espíritu un temple y un vigor que valen por todos los tesoros del mundo (p. 157).

Manso era feliz en su vida marcada por la austeridad, aspecto también defendido por el krausismo y por ende, el institucionismo, pero Galdós crea dos focos de la pobreza paralelamente antagónicas, con la intención de reflejar la realidad de la “hipócrita sociedad de la Restauración” (Rodríguez Puértolas, 1982: 60). Estos personajes son doña Cándida e Irene, tía y sobrina que, a pesar de vivir juntas, son el día y la noche. Mientras Manso considera de doña Cándida que “así como en su conducta no existía la dignidad de la pobreza, en su vestido no había el aseo y compostura que son el lujo, o mejor, el decoro de la miseria” (p.177); de Irene valoraba “su vestido humilde, pero aseadísimo, revelando en todo la virtud de arreglo [...]. Claramente se mostraba en ella el noble tipo de la pobreza llevada con valentía y hasta con cariño” (p.193). Esta pobreza bien llevada, como dice Manso, se repite en innumerables ocasiones, pero solo vamos a recordar una más, que ocurre cuando Irene era la institutriz de los sobrinos del protagonista. Cuando se enteró de que ella se arreglaba la vestimenta por la noche, dice “su honrada pobreza la obligaba a esto, y en verdad ¿qué mejor escuela para llegar a la perfección?” (p.216).

Esta austeridad se halla en contraposición a las grandes abundancias o derroche de otros personajes de la obra como doña Javiera, la irrupción de la familia de su hermano con todo tipo de gastos astronómicos sin ningún miramiento. En la familia de José María este dispendio no solo se refleja en el precio del alquiler de la casa, sino también en descripciones como: “de tienda en tienda” (p. 196), también en los antojos gastronómicos de su cuñada y la hermana de esta “Las campanillas de las habitaciones repicaban como si anduvieran por los altos alambres diablillos juguetones, y los criados entraban y salían con platos y bandejas, tan atareados que me daba lástima verles” (p.196).

Como ya hemos visto, Manso era muy partidario a la austeridad y le costaba trabajo acostumbrarse a determinados hechos que ocurrían en la casa de su hermano: “Las relaciones de la familia aumentaban de día en día, cosa sumamente natural, habiendo en la casa olor de dinero” (p.202); cuando parió Lica su último Hijo, Máximo, “Mi hermano, gozoso del crecimiento de la familia, se extremó tanto en dar propinas y en hacer regalos, que yo estaba asustado y le aconsejé que se refrenara, porque los

excesos de su liberalidad tocaban ya en el mal gusto” (p. 219); aparte del personal de la casa: un maestresala, una institutriz y un ama de cría (p. 199); cuando Manso y Lica van a vigilar los movimientos de Irene y doña Cándida, ante el asombro de Lica, Manso le argumenta “no sabes a qué tentaciones vive expuesta la virtud en nuestros días ¿sabes cuál? El lujo” (p. 266). Vuelvo a encontrar aquí una gran similitud con las palabras de Jovellanos “Sin duda, el lujo corrompe las costumbres” (Rousseau, 2012: 88) y por tanto la virtud.

Ya he hablado de la salud, de la pobreza y ahora toca hablar de los modales que defendía la ILE y que Manso tanto valora:

La compostura de la persona es garantía de los buenos modales y un principio por sí de buena educación. Como el muchacho [Manuel Peña] era rico y había de representar en el mundo papel muy airoso, debía prepararse a ello cultivando y ensayando desde luego el aspecto, la forma, el buen parecer, el estilo, pues estilo es lo que da al carácter lo que la frase al pensamiento (p. 187-188)

Como se puede apreciar Manso, al igual que los institucionistas, no ignoraba los modales de las personas y no pasaba por alto ninguno de los aspectos que rozara el mal gusto del comportamiento y por tanto, un reflejo de la mala educación. Cuando estaban preparando la paupérrima comida a la que doña Cándida le iba a invitar, Manso describe de Irene “Y no ya un codo, sino los dos puso sobre la mesa” (p. 381); la falta de modales y la holgazanería generalizada en la casa del indiano José María:

Las tres damas se pasaban el día en sus mecedoras, con los mismos vestidos que habían traído de la calle, dale que dale a los abanicos si hacía calor, y muy envueltas en sus mantas, si hacía frío. Por la noche iban al teatro, luego tomaban chocolate y se acostaban. Dormían la mañana, y cuando venía la peinadora, estaban tan muertas de sueño, que no había forma humana de que se levantaran. Vencida de su abrumadora pereza, Lica, no queriendo levantarse ni dejar de peinarse, echaba la cabeza fuera de las almohadas, y en esta incómoda postura se dejaba peinar para seguir durmiendo (p.197)

Bien avanzado el relato, Manso describe la situación normal de la casa:

Observé en el gabinete los desórdenes que, por ser cotidianos, no me llamaban ya la atención. Sobre mesillas y taburetes se veían las tazas de café, unas sucias, mostrando el sedimento del azúcar, otras a medio beber y frías como hielo; sobre tal silla un sombrero de señora; un abrigo en el suelo; sobre la chimenea una bota; el devocionario encima de un plato y cucharillas de café dentro de un florero de porcelana (p.228).

La ausencia de hábitos nobles se reflejaban también en el comportamiento de los pequeños de la casa “Los gritos se oían desde la calle; jugaban al carro arrastrando sillas” (p.197), todos los días rompían algo de la casa, “se revolcaban casi en cueros sobre las alfombras, hasta que habiendo refrescado el tiempo, se les veía jugar vestidos con los costosos trajes de paño fino guarnecidos de pieles que se les habían hecho para salir de paseo” (p.197); también el comportamiento que tenían en la mesa “El chiquitín tiraba la servilleta en mitad de una gran fuente con salsa, y luego la arrojaba húmeda sobre la alfombra. La otra niña pedía con atroces gritos todo aquello que en el momento no estaba en la mesa” (p. 199), todo esto mientras los padres discutían sobre circunstancias ajenas a lo que sus hijos hacían durante la comida.

Por tanto, se puede afirmar que el protagonista de la novela defiende unos principios pedagógicos similares a los que la Institución Libre de Enseñanza consideraba prioritarios para la educación de su alumnado.

3.1. LA EDUCACION DE LA MUJER

El gran problema de la educación que contiene este relato galdosiano no podía dar la espalda al asunto de la educación femenina. *El amigo Manso* refleja opiniones de hombres y mujeres hablando sobre este hecho, como Manso e Irene. Comprobemos en qué coinciden el intelectual y la institutriz:

Conformándose con mi opinión [...] manifestando antipatía a la sabiduría facultativa de las mujeres y a que anduviese en faldas el ejercicio de las profesiones propias del hombre; pero al mismo tiempo

vituperaba la ignorancia, superstición y atraso en que viven la mayor parte de las españolas, de lo que tanto ella como yo deducíamos que el toque está en hallar un buen término medio (p. 218).

En este fragmento se aprecia una posición contraria a una educación igualitaria para ambos sexos, al mismo tiempo que desapruban la incultura femenina. Sobre este hecho nos ilustra San Román (1994: 76) afirmando que el cambio educativo que pretendía la Institución Libre de Enseñanza en los años 80 del siglo XIX, su momento de mayor apogeo, consistía en mejorar la educación de todos los ciudadanos, aunque no pensaban igualar el conocimiento de hombres y mujeres, sí elevar el nivel paupérrimo de las féminas para así poder desempeñar su rol vital de la época de una forma más eficaz, ya que:

La influencia decisiva que la mujer, como madre y esposa, tenía en el voto político del hombre hacía conveniente [...] dotarle de una cultura que aumentase su capacidad crítica, eliminando con ello el elevado número de mujeres beatas cuyo pensamiento político-social estaba enraizado en fuertes principios religiosos más cercanos al pensamiento de los políticos conservadores que al proyectado por los liberales (San Román, 1994: 86).

Irene contaba con una educación superior a la mujer de su época. Manso y Peña lo consideraban así, es más, uno de los principales defectos que Peña encontraba en las mujeres adineradas con las que tuvo noviazgo (Amalia Vendesol y las hijas de Pez) fue su falta de educación y cultura: “Y qué educación la suya, amigo Manso. Escribe garabatos, dice *pedrominio*, y tiene un cariño a las haches...” (p. 242) mientras que las de Pez solo piensan en conseguir un marido adinerado que les pueda costear todos sus caprichos (p. 243).

Con todo, ese “término medio” del que hablaban Manso e Irene se debe a que existían en la época sectores “sociales [que] pedían para la mujer una preparación inferior [que] para la del varón, dado que a ella no se le formaba para competir con él en el terreno laboral, sino para cumplir con más acierto las funciones tradicionalmente asignadas” (San Román, 1994: 88).

Por último, huelga decir que los hombres de la ILE se basaron en las teorías pedagógicas de Froebel y Pestalozzi (San Román, 1994: 78), basadas en las demostradas cualidades de las mujeres en la crianza de sus hijos, con lo que asignaron la educación de la infancia a mujeres, ampliando su espacio del ámbito privado al público. Es muy interesante el papel que los institucionalistas en este hecho debido a que:

Durante el siglo XVIII y buena parte del XIX, al mando de la educación de la infancia había estado en los varones, puesto que el método educativo que se seguía en España comulgaba con la pedagogía propuesta por Pablo Montesino. En el Congreso de 1882, cuyos temas a tratar habían sido redactados con la orientación propia de la ILE, uno de los puntos polémicos debatidos hace referencia al tema de los métodos. El litigio apareció entre los que defendían a ultranza el método de Montesino y los que abogaban por introducir en España el método de Froebel. El debate sobre la enseñanza de párvulos se produjo en la cuarta sesión donde los institucionalistas rompían la tradición de relegar a la mujer a ayudar a un maestro, al aprobarse por unanimidad [...] que habría que cambiar desde la raíz la estructura organizativa de base en la escuela, hasta desplazar al varón de las aulas y proponer que fuesen solo mujeres las que se hicieran cargo de la educación infantil (San Román, 1994: 78).

Aunque fue un gran adelanto para la mujer, todavía restaba igualar el currículum académico e igualar los sueldos. Para dar este paso, existían impedimentos sociales bastantes fuertes como que “no estaba bien visto que una mujer viviese asalariada” (San Román, 1994: 81) y esto se demuestra cuando doña Cándida se inventa que su economía ha mejorado y no puede dejar que Irene sea “una institutriz asalariada” (p. 308), deja entrever que estaría mal visto.

4. OBJETIVO DE GALDÓS EN LA NOVELA

4.1. POLÍTICA Y ORATORIA EN *EL AMIGO MANSO*

No hay nada más difícil que hablar poco de una cosa grande, Solo los espíritus verdaderamente grandes tienen el secreto de encerrar en el término de escasas palabras espacios inmensurables. (Pérez Galdós, 2010: 276).

El amigo Manso es una obra bastante compleja temáticamente hablando, ya que es una obra que trata el problema de la educación, es una obra moralizadora pero, además, es una obra política. A pesar de que la novela está enmarcada en la Restauración española del siglo XIX, Galdós, a través de Manso, describe perfiles políticos que han perdurado en el tiempo:

García Grande había sido hombre de negocios, de estos que tienen una mano en la política menuda y otra en los negocios gordos, un bifronte de esta raza inextinguible y fecundísima, que se reproduce y se cría en los grandes sedimentos fungulares del Congreso y la Bolsa; hombre sin ideas, pero dotado de buenas formas, que suplen a aquellas; apetitoso de riquezas fáciles, un sargentuelo de pandilla de esas que se forman con las subdivisiones parlamentarias; una nulidad barnizada, agiotista sin genio, orador sin estilo y político sin tacto, que no informaba sino decoraba las situaciones; una sustancia antropomórfica, que bajo la acción de la política apareció cristalizada de distintas maneras, ya como gobernador de provincia, ya como administrador de patronatos, ahora de director general, después de gerente de un desbancado Banco o de un ferrocarril sin carriles (p. 171).

A pesar de la impresionante similitud con el presente, hay que resaltar que esta descripción, nada pusilánime, es la primera que Galdós hace sobre el mundo político de 1880. No refleja ninguna esperanza de que el perfil político cambie. A través de toda la

novela lo que nos muestra es una imagen de la política en bucle, que se ha repetido y que se repetirá por muchos años. Asimismo, sobre la inserción de su hermano en la vida política de la península, Manso dice “No era preciso ser zahorí para ver en José María al hombre afanoso de hacer papeles y de figurar en un partidillo de los que se forman todos los días por antojo de cualquier individuo que no tiene otra cosa que hacer” (p.201). La imagen del hermano y el conjunto de los políticos es de una total ausencia de vocación política, fundamentada en la ambición, el ascenso social y de poder, que les permita “la consolidación de la burguesía restauradora” (Rodríguez, Puértolas, 1982: 57).

Manso representa la figura del ilustrado de la segunda mitad del siglo XIX. Su hermano acaba de llegar de Cuba enriquecido y cuando le confiesa a Máximo su interés en gobernar el país, este le describe la clase reformas políticas que necesita España:

Era necesario distinguir la patria apócrifa de la auténtica, buscando ésta en su realidad palpitante, para lo cual convenía, en mi sentir, hacer abstracción completa de los mil engaños que nos rodean, cerrar los oídos al bullicio de la prensa y de la tribuna, cerrar los ojos a todo este aparato decorativo y teatral, y luego darse con alma y cuerpo a la reflexión asidua y a la tenaz observación. Era preciso echar por tierra este vano catafalco de pintado lienzo, y abrir cimientos nuevos en las firmes entrañas del verdadero país, para que sobre ellos se asentara la construcción de un nuevo y sólido Estado (p.201).

El indiano no comprendía lo que le estaba diciendo su hermano Máximo, llamándole metafísico, bostezando, riéndose, calificando el discurso “tan fuera de lo práctico” e invitándole a “enseñar su sabiduría a los ángeles del cielo, pues los hombres, no estaban hechos para cosa tan remontada y tan fuera de lo práctico” (p. 202). José María no sabía lo que decía su hermano porque sus intenciones eran simplemente el ascenso social y no se le pasaba por la cabeza el simple hecho de incidir en la mejora de la política española. Esta falta de entendimiento entre los hermanos Manso, a mi juicio, representa lo alejados que estaban los políticos y los intelectuales liberales, aunque estos constituyan un pequeño grupo de la época; es decir, representaban dos colectivos destinados a no entenderse.

Sin embargo, José María es consciente de que la sabiduría de su hermano le conviene en su beneficio personal, esto se demuestra cuando le pide que le aconseje sobre el partido al que afiliarse. Manso lo aconseja, yéndole a este muy bien, y mostrándose “indiferente a las formas de gobierno porque su concepción de la política era absolutamente antitética a la que se practicaba en aquella España de la Restauración” (Caudet, 2010: 70). Sobre este hecho Rodríguez Puértolas (1982: 59) nos afirma que Manso era consciente de cómo funciona la sociedad de su tiempo y quienes la controlan saben, a su vez, cómo pueden utilizar a los intelectuales ya que necesitan apoyarse en los conocimientos que proveen de sus intelectuales orgánicos.

De cualquier forma, José María no se embarca solo en el mundo político. Manso describe así al núcleo que formaba la tertulia diaria en la casa del indiano: el poeta Sainz de Bardal “un poeta de tres al cuarto” (p. 211), Pez “un diputado de huecos párrafos” (p. 211), Cimarra “diputado de la mayoría de estos que no hablan nunca” (p. 212) “andan a la caza de todo negocio no limpio”, “cínico” (p.214), “era de estos que se burlan del saber y admiran a los que saben” (p. 214). Gabriel Cabrejas nos detalla que “Francisco Bringas y lo Pez, como García Grande y Cimarra, con sus mutuos matices, son dos grupos opuestos dentro del mismo sistema de corruptelas” (Cabrejas, 1990: 153). Manso concluye así su descripción:

De esta clase de gentes está lleno Madrid: son su flor y escoria, porque al mismo tiempo le alegran y le pudren. No busquemos nunca la compañía de estos hombres más que para un rato de solaz; estudiémosles de lejos, porque estos apestados tienen notorio poder de contagio, y es fácil que el observador demasiado atento se encuentre manchado de su gangrenoso cinismo cuando menos lo piense (p.213).

A pesar de todo, José María le suplicaba a Manso “que le llevara buena gente” y Manso accedió, llevándole a su discípulo Manuel Peña, al que recibieron con ciertas reticencias debido, paradójicamente, a su humilde procedencia. La procedencia mercantil de Peña es cuestionada constantemente por el indiano, hecho que denuncia el filósofo:

Mi hermano, que había fregado platos, liado cigarrillos, azotado negros, vendido sombreros y zapatos, racionado tropas y traficado estiércoles, iba a entrar en esa escogida falange de próceres, que son como la imagen

del poder histórico inamovible y como su garantía de permanencia y solidez (p. 233).

En *El amigo Manso* se aprecia cómo personajes de estrato social bajo, cuestionan constantemente el linaje del joven Peña, que provenía de una familia que se había enriquecido con una carnicería. Con las palabras citadas de Manso se puede comprobar que el intelectual también aprecia este hecho como paradójico, pero el caso más llamativo de este reparo es el de doña Cándida que, a pesar de vivir en una falsa apariencia adinerada, no ve con buenos ojos que se case con su sobrina.

Como ya es sabido, el krausismo pretendía formar a una élite intelectual para que gobernara y fuese posible la regeneración del país, pero este hecho no podía darse en la Restauración ya que como describe Manso:

Estas democracias blasonadas; estas monarquías de transición sostenidas en el cabello de un artificio legal; este sistema de responsabilidades y de poderes, colocado sobre una cuerda floja y sostenido a fuerza de balancines retóricos; esta sociedad que despedaza la aristocracia antigua y crea otra nueva con hombres que han pasado su juventud detrás de un mostrador [...] estos días que vemos y en los cuales actuamos, siendo todos víctimas de resabios tiránicos y al mismo tiempo señores de algo, partícipes de una soberanía que lentamente se nos infiltra (p.232).

En la novela galdosiana queda patente también la lucha de clases y la amenaza del proletariado que sentía esta burguesía que aspirante al poder. Para ello, se fundó la *Sociedad General para el Socorro de los Inválidos de la Industria*, una patraña creada para mostrarse como seres bondadosos y filantrópicos, cuyo único fin era colocarse a ellos mismos dentro del poder. El presidente de esta *Sociedad* fue Pez del que Manso dice “tocante a la estadística, a la administración, a la beneficencia, era un verdadero coloso, y combinaba estas tres materias para sacar estados llenos de números y de los números pasmosas enseñanzas” (p.213). Recordemos que Pez fue calificado desde el principio como un hombre de huecos párrafos. En definitiva, eran personalidades que no tenían nada que ofrecer a la sociedad española y que para ello se armaban de fórmulas oratorias con las que conseguían ganarse al pueblo. José María, nada más llegar a Madrid, se adueña de estas “formulillas y modos de decir de los políticos” (p. 230).

La oratoria de los diferentes personajes está muy analizada por Manso a lo largo de todo el relato. Como Galdós dijo en otra de sus obras “Hablaron mucho y no dijeron nada” (citado en Rodríguez Puértolas, 1982: 63). El único que destaca por habilidades propias desde el principio del relato es el joven Peña:

Poníase delante de mí [de Manso], y con el mayor despejo me pronunciaba un discurso en que me sorprendían la abundancia de ideas, el acertado enlace, la gradación, el calor persuasivo, la afluencia seductora, la frase incorrecta, pero facilísima engañadora, llena de sonoridades simpáticas. (p.185)

Manuel Peña era el más capacitado en oratoria. Manso lo tuvo claro desde el primer día que lo dirigió, pero quedó manifiesto en la velada que se organizó para darse propaganda José María y sus aliados. Peña consiguió una ovación, muy superior a la de su maestro, con lo que Manso advirtió “Parece que en él ha querido la Naturaleza hacer el hombre tipo de la época presente. Está cortado y moldeado para su siglo, y encaja en éste como encaja en una máquina su pieza principal” (p. 302).

Por otro lado, Máximo Manso simplemente consigue “Un aplauso mecánico, oficial, sin entusiasmo, pero con bastante simpatía y respeto” (p. 294). Máximo era un gran intelectual pero, en la novela se aprecian varias ocasiones en las que, no estaba en sintonía verbal con su interlocutor. Ya se ha mencionado el momento cuando habla de política con su hermano que este no lo entendía; cuando llama a doña Cándida *proxenetes* con la justificación de “se lo digo a usted en griego para mayor claridad” (p. 336) con lo que evidencia el registro elevado que utiliza con el pueblo iletrado y que ratifica doña Cándida respondiendo “-¡Ay! Estos señores sabios ni siquiera para insultarnos saben hablar como la gente!” (p.336); en una de las últimas clases que imparte Manso, este relata “Observé que algunos chicos bostezaban, pero otros me oían con gran atención. Algunos de estos pedantuelos que todo lo quieren saber en un día [...] me dijeron al salir que no habían comprendido bien” (p. 365). Llegados a este punto, resulta interesante un juicio que emitió al principio sobre la gran capacidad oratoria de su discípulo Peña “Sabía ponerse al nivel intelectual que le correspondía” (p. 187), una adecuación que Manso parece no dominar.

Siguiendo con el aspecto político, en la obra se aprecia la progresiva inmersión en la política española “Sobre la mesa había muestras de garabatos heráldicos hechos en

distintos colores” (p. 231), “José reproducía en su desenvolvimiento personal la serie de fenómenos generales que caracterizan a estas oligarquías eclécticas, producto de un estado de crisis intelectual y política que eslabona el mundo destruido con el que se está elaborando” (p.232); cuando Manso intenta apaciguar el enfado de la suegra de su hermano por sus ausencias, dice unas palabras que también parecen aplicables a su concepción política “Yo defendí a mi hermano como pude y tranquilicé a su suegra, tratando de hacerle comprender que la licencia de nuestras costumbres está más en la forma que en el fondo” (p. 248); “se había corrompido [José María] como la fruta sana en contacto con la podrida” (p. 263); su ineptitud política cuando quiere “emparejar la monarquía y la república, la Iglesia y el libre examen” (p. 246). Estos juicios que emite Manso sobre su hermano parecen declararnos el perfil político, que estaba formándose al socaire del ambiente de la Restauración.

La obra concluye con unas palabras de Manso sobre su concepción política:

La ambición, desarrollándola conforme al uso moderno de este pecado, es decir, con las limitaciones de la moral casera y de las conveniencias. [...] Las purezas y refinamientos de moral caen en la vida de toda esta gente con una impropiedad cómica. Y no digo nada tratándose de la vida política, en la cual entró Manuel con pie derecho, desde que recibió de sus electores el acta de diputado. Mi discípulo, con gran beneplácito de sus amigos y secreto entusiasmo de su esposa, entraba en una esfera en la cual el devoto del bien, o se hace inmune cubriéndose con máscara hipócrita o cae redondo al suelo, muerto de asfixia. (p. 414)

Manso es intransigente con la *moral casera* “basada en las apariencias. Y su representación es tanto más amarga cuando mantener las apariencias llega a ser tenido por virtud” (Gómez-Martínez, 1983: 76).

4.2. EL GRAN ASUNTO DE LA EDUCACION EN EL AMIGO MANSO

José Luis Mora (1998: 189) sitúa la novela *El amigo Manso* en la segunda etapa establecida en la escritura galdosiana donde se aproxima a los ideales krausistas, concretamente a la inserción del modelo cultural que representaba esta corriente. Esta es una opinión unánime por toda la crítica de la novela que nos ocupa. Galdós considera

que el modelo que defiende el institucionismo es “muy superior al que se practicaba en España” (Mora, 1998: 192) pero muestra su escepticismo en la implantación de dicho modelo educativo en la España de la Restauración borbónica. En otras palabras, que Galdós “estaba de corazón con el amigo Manso, es cosa clara. Pero que su novela muestra la esterilidad de las tentativas reformistas basadas en la persuasión y el aleccionamiento, es cosa todavía más evidente” (Gullón, 1980: 65).

Este escepticismo se percibe desde la descripción inicial de Manso, que perfila la entereza que buscaba la Institución, procedente del krausismo, buscaba para sus profesores; un “esbozo notable, en donde se pinta con rápidos toques el «hombre ejemplar» modelado por Sanz del Río y Giner: austero en todo, moderado, higienista, correcto y no bohemio, sin vicios” (Gullón, 1980: 66). Recordemos cómo se describe Manso:

Me congratulo de este mi carácter templado, de la condición subalterna de mi imaginación, de mi espíritu observador y práctico, que me permite tomar las cosas como son realmente, no equivocarme jamás respecto a su verdadero tamaño, medida y peso, y tener siempre bien tirantes las riendas de mí mismo. [...] me propuse conseguir que mi razón fuese dueña y señora absoluta de mis actos, así como de los más importantes como de los más ligeros; y tan bien me ha ido con este hermoso plan, que me admiro de que no le sigan y observen los hombres todos [...]. Yo he sabido sofocar pasioncillas que me habrían hecho infeliz y apetitos cuyo desorden lleva a otros a la degradación [...]. Yo he conseguido [...] una sobriedad que lleva en sí más delicias que el desenfreno de todos los apetitos (p. 156).

Cuando leemos estas palabras parece que estamos ante un cura impoluto, tal y como defiende Martín Ezpeleta (2008). El escepticismo de Galdós se muestra desde estas primeras frases de la novela ya que esta moral impecable chocaba con la ‘moral casera’ de la sociedad que Manso describió anteriormente. Esta sobriedad y comportamiento modélico, a mi juicio, es uno de los aspectos que Galdós condena desde el principio de la obra.

Voy a desgranar poco a poco la descripción de Manso, para que comprobemos que estas palabras no resisten al entrar en contacto con la realidad. Es cierto que Manso

tiene un carácter templado, que tiene un espíritu observador pero esto ¿le permite tomar las cosas como realmente son y no equivocarse jamás respecto a su verdadero tamaño como presume nuestro protagonista? Comprobémoslo: una vez que Manso se ha reconocido a sí mismo el amor que siente por Irene, su visión de la realidad da un giro de 180 grados: “Cómo llegó a serme agradable aquella mansión que al principio tantas antipatías despertaba en mí, por el trastorno que sus habitantes habían causado en mis costumbres” (p. 225), veía “al poeta como Homero” y a “mi hermano como un Bismark” (p. 240). Solo en estos momentos de ilusión que Manso vive gracias a sus sentimientos por Irene, visualiza una realidad positiva frente al terror que le inspira en el resto de la novela. La crítica también ha observado este hecho llegando a conclusiones como la de Eamonn Rodgers (1970-71: 433) que advierte al respecto del engaño de Manso que empieza a adquirir “hondo patetismo”; Ricardo Gullón opina:

¿El razonable, el metódico Manso, el hombre de vida regulada, el insensible en cuanto no sean ideas y creencias, se dejará arrastrar por el sentimiento y pasará las horas muertas insinuando tímidas galanerías a una muchacha de ojos bonitos? Siente de pronto una fiebre, «un optimismo, algo semejante al delirio que le entra al calenturiento», y todo cambia (Gullón, 1980: 66-67).

Por tanto, su capacidad de tomar las cosas como realmente son se difumina conforme va avanzando el relato y uno de sus principales fracasos es que “no puede concebir las cuestiones morales sino en términos absolutos” debido a “su visión demasiado intelectualizada del mundo” (Rodgers 1970-71: 434).

Sigamos desgranando su descripción inicial, en concreto cuando afirma que no se equivoca jamás respecto del verdadero tamaño de los asuntos. Al día siguiente de su no exitoso discurso en la velada política del hermano, Manso confiesa que mientras impartía una clase en el instituto “yo estaba tan triste que no expliqué aquel día. Hice preguntas, y no sé si me contestaron bien o mal. Impaciente por ir a la casa de mi hermano, abandoné la clase antes de que el bedel anunciara la hora” (p. 307). Es la primera vez que Manso hace algo tan impulsivo e irresponsable. Galdós deja en entredicho la capacidad total que tiene un profesor para ser un ejemplo en todo, tal y como pretendía la Institución, ya que en ocasiones las circunstancias personales afectan a la faceta profesional. Ricardo Gullón considera que:

Su relación con el medio en que vive, mientras vive, es esencialmente equívoca. Aparece como profesor progresivo, confiado en cambiar la sociedad española mediante la educación. Pronto notaremos que si quiere transformar el país, no quiere recurrir a los procedimientos adecuados para hacer posible el cambio. Su vida y sus enseñanzas no se compaginan: para renovador, resulta hartamente metódico y apegado a la rutina. Si es progresista, es equívoco, vacilante, y tanto que la novela parece ser, además, una crítica del idealismo apagado y de los medios puestos en juego por el filósofo y por quienes pensaban como él (Gullón, 1980: 93).

Con Irene tampoco es capaz de ver toda la realidad de lo que sucede, muestras concretas de este hecho se aprecia cuando se equivoca en lo que esta lee: “sin duda – calculé yo- no quería decirme que leía estas cosas por no aparecer ante mí como pedantesca o marisabidilla” (p.234), demostrado queda en el relato que ella no leía nada cultural; también cuando considera que tanto a Irene como a él no le interesan los lujos que se vislumbran en los cenáculos que organiza el hermano “ni a usted ni a mi nos agrada esto” (p. 249) hecho refutado al final de la obra cuando Irene es la encargada de organizar estos eventos, llevándolos a cabo como si hubiera nacido para ello. Manso se vuelve a equivocar, y se lo acaba confesando a sí mismo, cuando reconoce el amor que siente por Irene, aspecto que le cuesta reconocer “hasta entonces podía haberse confundido ante mi conciencia con cualquier aberración caprichosa del sentimiento o fantasmagoría de los sentidos” (p. 267).

Su afirmación de que tiene siempre tirantes las riendas de sí mismo ya que se propuso conseguir que la razón fuese dueña y señora absoluta de sus actos, así como de los más importantes como de los más ligeros es, a mi juicio, desmesuradamente idealista y difícil de mantener en el tiempo. De todas formas, Galdós pensaba algo similar y se preocupó en demostrárnoslo ya que Manso pierde la absoluta facultad de sus actos por primera vez con Manuel Peña:

¡Yo sentado en el banco de una buñolería, a las cuatro de la mañana, teniendo delante un plato de churros y una copa de aguardiente! [...] ¿Quién se llamará dueño de sí, quién blasonará de informar con la idea de la vida, que no se vea desmentido, cuando menos lo piense, por la

despótica imposición de la misma vida y por mil fatalidades que salen a sorprendernos en las encrucijadas de la sociedad, o nos secuestran como cobardes ladrones? La pícara sociedad, blandamente y como quien no hace nada, me había estafado mi serenidad filosófica, y tiempo llegaría, si Dios no lo remediaba, en que yo no hallaría en mí nada de lo que formó mi vigorosa personalidad en días más venturosos (p. 255).

A partir de este momento, Máximo Manso empieza a perder ese autocontrol del que presumía en el inicio. La responsabilidad que halla el protagonista es que el hombre vive en sociedad, le afecta el medio en el que vive y no puede quedarse al margen por mucho que lo intente. Los personajes de Galdós “incluido Manso, por un lado sienten la presión social y por otro se descubren accesibles a presiones que se creían inmunes” (Gullón, 1980: 68). Este fragmento de la novela es el más significativo con respecto a la presión que la sociedad ejerce sobre el individuo, algo sobre lo que Gabriel Cabrejas dice que “el medio ambiente natural cataliza el embrionario impulso de clase y ambos son superiores a la pedagogía [...] la sociedad ejerce un influjo más poderoso que la enseñanza” (Cabrejas, 1990: 157).

Manso vuelve a ceder a la presión social cuando doña Cándida consigue obtener, a estas alturas del relato, dinero de Manso:

El absurdo es que aquel día doña Cándida me sacó dinero. ¡Se comprende que su peregrino cacumen hallara trazas y su audacia valor para pedírmelo; pero que yo se lo diera!... ¡Si me resistía yo mismo a creerlo, aunque me lo comprobaban con su elocuente vaciedad mis apurados bolsillos!... Ello fue no sé cómo, una emboscada, un lazo, un secuestro (p.369).

Galdós es consciente de que es un hecho cotidiano para todo el mundo diciendo a través de Manso “Renuncio a detallar el hecho con pormenores que suplirá el buen juicio de los que al leer se espeluznen considerando que pueden verse en trotes semejantes” (p. 369). Doña Cándida “fue capaz de comportarse con maña que desmiente su nombre y una vez más cogió desprevenido al narrador” (Gullón, 1980: 96). Manso tampoco es dueño de sí mismo en el capítulo XXI cuando siente que “El apetito de aquella legumbre [el plato de garbanzos que llevaba tiempo sin comer] me fue ganando y llegó a ser irresistible. Estaba yo como el fumador vicioso, cuando por

mucho tiempo se ve privado de tabaco” (p. 261). Además, cuando Manso estaba discutiendo con doña Calígula, en el momento que ella le dice que Irene tenía un novio, Manso nos confiesa:

La ira que se encendió súbitamente en mí era tal, que **me desconocí en aquel instante**, pues en ninguna época de mi vida me había sentido transformado como entonces en un ser brutal, tosco y de vulgares inclinaciones a la venganza y a todo lo bajo y torpe. Cómo se levantaron en mi alma revuelta aquellos sentimientos, no lo sé (p. 339).

Ya hemos visto ejemplos suficientes donde Galdós demuestra que Manso no es totalmente dueño de sí mismo, porque la vida le sitúa en momentos de pérdida de autocontrol. Pero la razón ¿puede ser dueña absoluta de los actos de Manso? Evidentemente no, y lo reconoce cuando dice “Mi fe en Irene se había quebrantado un poco sin ningún motivo racional” (p. 267), “la determinación de sentimiento [por Irene] iba tomando tal fuerza en mí de día en día, que andaba la razón algo desconcertada” (p. 278); cuando el propio Manso se siente perturbado por sus sentimientos hacia Irene y se cuestiona “¿nació del sentimiento o de la razón” (p. 217). En este momento resulta aplicable lo que algunos autores como Rodgers (1970-71: 440) han denominado ‘limitaciones del intelectualismo de Manso’, ya que resulta incomprensible que un hombre del nivel intelectual de nuestro filósofo dude sobre la objetividad o subjetividad de los sentimientos. Esta fractura que se abre en la razón de Manso, Ricardo Gullón la describe así:

Lo rutinario y desvitalizado de una existencia sometida a riguroso método, planificada en todos los detalles, previsible y sin sorpresa. Convenía dejar bien sentada esa regularidad monolítica, ese régimen de vida sin aparentes fisuras, para señalar luego hasta qué punto el amor le trastorna y le saca de sus casillas. Conforme va adelantando la novela, el vivir de Manso se desarticula; el antiguo régimen en que todos los minutos duraban sesenta segundos y transcurrían monótonamente, es sustituido por otro en que la duración es caprichosa y a veces sin valor. En la casa de José María Manso, donde Irene se ha instalado como institutriz de los niños, los relojes son símbolo del general desorden reinante en la casa [...] Tiempo anárquico para significar que lo antes

precioso ahora no vale nada y sugerir que la vida camina a saltos, sin sujeción a norma alguna, en contradicción con la metódica y regulada que solía ser la de Manso (Gullón, 1980: 98).

Otro aspecto del que jactaba Manso en la prótasis del relato es de su autocontrol: “he sabido sofocar pasioncillas que me habrían hecho infeliz y apetitos a cuyo desorden lleva a otros a la degradación” (p. 156). Es cierto que Manso logra sofocar esas “pasioncillas” que siente en el relato por Irene y por doña Javiera pero Galdós nos hace partícipes del coste que tiene ese autocontrol:

Sudé gotas enormes, frías y pesadas como las del Monte Olivete, y en la oscuridad de mi alcoba, donde seguí haciendo el papel de que buscaba algo, me apabullé con mis propias manos, y grité en silencio de agonía: «¡Aniquílate, alma, antes que descubrirete!» (p. 360).

Este coste que conlleva el autocontrol impuesto se ve reflejado a lo largo de toda la novela y que Manso acaba reconociendo: “Yo estaba, pues, en plena revolución, motivada por la ley fatal de mi historia íntima, por la tiranía de mí propio y por aquella manera especial de absolutismo o inquisición filosófica con que me había gobernado desde la niñez (p. 278).

Por último, sirva decir, para terminar con la descripción inicial del protagonista, que esa sobriedad autoimpuesta no conlleva tantas delicias como suponía al principio: “Pronto vemos cómo «en materia de principios” la severidad de Manso resulta cómica” (Gullón, 1980: 66).

Todas estas afirmaciones que he ido refutando no las hizo Manso por cinismo sino porque había sido un hombre centrado en sus estudios para llegar a ser profesor de filosofía. Esto le había supuesto mantenerse apartado de la sociedad, provocando que cuando convivía en ella, muchos de esos principios dejen de sostenerse. Por tanto, “la vida misma y las «mil fatalidades» impuestas por ella le demuestran la imposibilidad de mantener lo que llama su «personalidad» (Gullón, 1980: 68).

Manso llega a ser consciente de esto que explico gracias a su discípulo Manuel Peña. Manso confirmará con otras palabras que “vivir solo con la mente equivale al no vivir” (Rodgers, 1970-71: 438). Manso lo relata así:

¡Ella [Irene] me llamaba adivino, cuando en realidad no mostraba más que memoria y aprovechamiento! ¡Bonito espíritu de adivinación tenía este triste pensador de cosas pensadas antes por otros; este teórico que con sus sutilezas, sus métodos y sus timideces había estado haciendo charadas ideológicas alrededor de su ídolo, mientras el ser verdaderamente humano [Manuel Peña], desordenado en su espíritu, voluntarioso en sus defectos, desconocedor del método, pero dotado del instinto de los hechos, de corazón valeroso y alientos dramáticos, se iba derecho al objeto y lo acometía!... Ved en mí al estratégico de gabinete que en su vida ha olido la pólvora y que se consagra con metódica pachorra a estudiar las paralelas de la plaza que se propone a tomar; y ved en Peñita al soldado raso que jamás ha cogido un libro de arte, y mientras otro calcula, se lanza él espada en mano a la plaza, y la asalta y toma a degüello... Esto es de lo más triste... (p. 376).

El contexto de estas palabras es un desengaño amoroso que nuestro protagonista vive en silencio. Con este desengaño se inicia su muerte, que algunos autores han justificado diciendo que “su fin es precipitado por su incapacidad para aceptar la parte no racional de la naturaleza humana, para reconocer que son inseparables alma y cuerpo, instinto e intelecto” (Rodgers, 1970-71:441).

Llegados a este punto, recuerdo unas palabras de Manso durante las comidas tan ajetreadas en casa de su hermano “yo no sabía a qué orden de ideas apelar, ni a qué filosofía encomendarme para que serenara mi espíritu” (p. 199). A pesar de que la Filosofía está presente en toda la novela se aprecian serias reticencias, por parte de todos los personajes, sobre la utilidad de esta ciencia para resolver asuntos cotidianos.

En este punto de desengaño, Manso llega a alabar en varias ocasiones la ignorancia: cuando estaba en casa de Irene y Calígula, dice Manso “Por primera vez de mi vida bendije la ilusión, indigna comedia del alma, que nos hace dichosos, y dije «¡Bienaventurados los que padecen engaño de los sentidos o ceguera del entendimiento, porque ellos viven consolados”...»” (p. 353) y mucho más detenidamente cuando dice:

Que sea mil veces bienaventurado el rústico que crece como una caña y vive meciéndose en el seno blando de la mentira... Indaguemos. Naturaleza pródiga ha puesto dificultades y peligros en la averiguación de sus leyes, y de mil modos da a conocer que no le gusta ser investigada por el hombre. Parece que desea la ignorancia, y con ella la felicidad de sus hijos. Pero éstos, es decir, los hombres han inventado el progreso, la filosofía, la experimentación, el arte y otros instrumentos malignos, con los cuales se han puesto a roturar el mundo, y de lo que era un cómodo Limbo, han hecho un Infierno de inquietudes y disputas... (p. 354).

Esta alabanza a la ignorancia se produce en un momento crítico emocionalmente en la vida del filósofo. Considero que se siente ajeno a la sociedad con la que coexiste y si admira algo de ellos es su felicidad. Es más, en el momento que averigua la verdadera personalidad y ambiciones de Irene es cuando dice “Es más lista que Cardona y sabe más que todos los tragadores de bibliotecas que existimos en el mundo” (p. 408), doña Javiera refuerza esta consideración cuando dice “sabe más [Irene] que usted [Manso]” (p. 413). Galdós desarrolla esta supuesta alabanza de la ignorancia en varias de sus obras como *Misericordia* (1897) y *Fortunata y Jacinta* (1987). En esta última, esta especie de alabanza a la ignorancia es mucho más contundente:

El mundo tangible y gustable le seducía más [a Juanito Santa Cruz] que los incompletos conocimientos de vida que se vislumbran en el fugaz resplandor de las ideas sacadas a la fuerza, chispas obtenidas en nuestro cerebro por la percusión de la voluntad, que es lo que constituye el estudio. **Juanito acabó por declararse a sí mismo que más sabe el que vive sin querer saber que el que quiere saber sin vivir**, o sea aprendiendo en los libros y en las aulas. Vivir es relacionarse, gozar y padecer, desear, aborrecer y amar. La lectura es vida artificial y prestada, el usufructo, mediante una función cerebral, de las ideas y sensaciones ajenas, la adquisición de los tesoros de la verdad humana por compra o por estafa, no por el trabajo. No paraban aquí las filosofías de Juanito, y hacía una comparación que no carece de exactitud. Decía que entre estas dos maneras de vivir, observaba él la diferencia que hay entre comerse una chuleta y que le vengan a contar a uno cómo y cuándo se la ha comido otro, haciendo el cuento muy a lo vivo, se entiende, y

describiendo la cara que ponía, el gusto que le daba la masticación, la gana con que tragaba y el reposo con que digería (Pérez Galdós, (1993: 12).

Me parece muy interesante que Galdós desarrolle esta idea sobre la felicidad en contraposición a la sabiduría en varias de sus obras. En *El amigo Manso*, el protagonista afirma que Irene ha sido su verdadera maestra en cuanto al papel de la vida terrestre, muy significativo teniendo en cuenta la desigual formación académica de ambos personajes. Con estas palabras, creo que Galdós defiende un justo medio en la vida, que no todo sea estudio ni todo ociosidad. De todas formas, me parece un aspecto interesante para desarrollar en otro trabajo, idea que ha reforzado la lectura de un panegírico sobre el cierre de una librería almeriense “Los que amamos los libros seremos siempre una minoría un punto amargada” (Muñoz, 2015: párrafo 4).

Por último, tenemos que hablar del contenido religioso de *El amigo Manso*, ya que se aprecian ciertas críticas a la Iglesia en el discurso del protagonista: Manso dice “cura liberal o actor, dos tipos de extraordinaria semejanza” (p. 148); Manso califica de mojigata a Irene por persignarse (p. 282). Sin embargo, es indudable la semejanza de Manso con un monje ya que en él, están muy presentes el valor de la castidad, la austeridad económica, el valor de la pobreza dignamente llevada, el itinerario que Manso tiene que seguir para llegar a la casa de su hermano “un itinerario que parecía camino celestial, formado por las calles del Espíritu Santo, San Mateo, San Lorenzo. ¡Esto era pasearse por las páginas del año cristiano!” (p. 225). Es evidente el alto contenido religioso de la obra, con sus críticas y sin ellas. Tenemos que recordar en este aspecto que “la filosofía krausista es explícitamente una filosofía no solo abierta a la religión, sino también fundamentada en ella” (Díaz, 1989: 53). Con todo, los institucionistas creían en la religión pero “toda cuestión moral es referible en última instancia al tribunal de la propia conciencia, la cual juzga conforme a criterios racionales son –o debieran ser- de universal aceptación” (López-Morillas, 1972: 82). Otro aspecto a tener en cuenta es que “En la España ochentista la religión es a menudo utensilio de política y la política agencia de la religión” (López-Morillas, 1972: 91). Este hecho se aprecia en la temática del discurso que Manso y Peña eligen –la caridad católica- para la velada que organiza el hermano.

5. ACTUALIDAD PEDAGÓGICA EN *EL AMIGO MANSO*

“Mi complacencia era igual
a la del escultor que recibe un
perfecto trozo del mármol
más fino para labrar una
estatua” (p. 167).

Sin pretender que el Trabajo Final de Máster pierda su cohesión, he considerado pertinente recoger las ideas pedagógicas que Máximo Manso utiliza en la novela donde se muestre que sus métodos pedagógicos tienen cabida en las aulas contemporáneas. Esta inserción puede resultar algo confusa después de que haya analizado el fracaso del filósofo; sin embargo pienso que “Manso no se equivoca en cuanto a contenidos pedagógicos, sino que estos chocan rudamente contra una mentalidad pragmática que adopta aquello que le sirve” (Cabrejas, 1990: 156).

Asimismo, Manso relata muy detalladamente qué métodos utiliza en la dirección de su discípulo, Manuel Peña, y qué respuesta obtiene del discente al aplicarlos. Voy a reflexionar sobre los métodos pedagógicos del autor respetando el criterio cronológico con el que aparecen en la novela galdosiana.

Ya mencioné en mi trabajo la relevancia que el protagonista otorga a la labor docente, que sirve de guía en las materias. El profesor como guía está muy presente en los recientes planes de estudios donde se persigue que siempre sea el alumno el protagonista de su proceso de aprendizaje, con lo cual llega a motivarse y aprender los contenidos de una forma más duradera que a través de una clase magistral.

Otro aspecto importante que se aprecia en la novela es el momento en que doña Javiera expone al profesor las necesidades que tiene su hijo, de lo que se puede decir que es importantísimo que exista una comunicación entre padres y docentes que permita una acción simultánea y bidireccional adecuada a las necesidades del discente. De esta forma, se puede ayudar al alumnado que cuenta con problemas, bien familiares, bien educativos, de comportamiento o atención en el centro escolar y que esta acción conjunta sea más efectiva. Es cierto que en ocasiones, y sobre todo en alumnos que más necesitarían esa ayuda familiar, el docente no dispone de la colaboración de las familia,

lo que implica, a mi juicio, una mayor implicación del profesor en conocer y ganarse al alumno en cuestión, para poder contribuir positivamente en la educación adecuada que requiere. Esa adecuación educativa podría solventarse con una adaptación curricular no significativa con la que el alumno podría alcanzar los objetivos propuestos para la etapa educativa en la que se encuentre. Máximo Manso dice unas palabras que nos interesan mucho en este sentido:

“Inspiraba en mi discípulo no solo respeto sino simpatías; feliz circunstancia pues no es verdadero maestro el que no se hace querer de sus alumnos, ni hay enseñanza posible sin la bendita amistad, que es el mejor conductor de ideas entre hombre y hombre” (p. 167).

El profesor afirma que es necesario que nos ganemos a nuestro alumnado. De esta forma, estableceremos un mejor clima en el aula que favorecerá al proceso de aprendizaje dentro del aula. Como ya hemos dicho, aparte de ganarnos al alumno, debemos comunicarnos con él para conocerlo y así conocer sus necesidades y actuar de forma efectiva. Esto de ganarnos al alumno puede resultar utópico si tenemos clases con treinta alumnos pero es factible, ya que si somos el tutor del grupo se puede utilizar la hora asignada para ello en conocer al grupo y sus necesidades, al menos, así se hacía cuando yo estudiaba la ESO de 1998 a 2002. En el caso que no seamos los tutores, al carecer de esta hora disponible a la semana, podemos asignar algunos minutos o incluso una clase para solventar posibles incidencias que estén dificultando el proceso de aprendizaje de la clase o de un discente en concreto. Esto no nos tiene que asustar debido a que no podemos olvidar que somos profesores de una etapa que se denomina Educación Secundaria Obligatoria, es decir, no es solo enseñanza sino que también debemos contribuir a la consecución de una serie de valores y competencias básicas para este colectivo comprendido entre los 12 y 16 años y que para muchos adolescentes es un periodo complicado que se refleja en el aula con la falta de interés, mal comportamiento, etc.

Este tipo de comunicación que yo definiendo, Máximo Manso lo lleva a cabo con su discípulo obteniendo buenos resultados:

Hablábamos de cosas comunes, de lo mismo que a él tanto le gustaba y yo debía de combatir; oblígueme a que se explicase con espontaneidad, mostrándome las facetas todas de su pensamiento, y yo al mismo tiempo,

dando a aquellos asuntos su verdadero valor, procuraba presentarle el aspecto serio y trascendente que tienen todas las cosas humanas, por frívolas que parezcan (p. 167).

Una vez que había conseguido conocer y ganarse a su discípulo, Manso obtiene información relevante de su alumno “tenía muy buena memoria y recitaba admirablemente fragmentos de poemas modernos”, (p. 167) y “de las determinaciones de su espíritu me parecieron más débiles el concepto y la volición” (p. 167). Una vez recibida esta información, Manso toma las medidas necesarias para que su discípulo no abandone su proceso de formación: “Buen cuidado tuve al principio de no hablar a Manuel de estudios serios [...] temeroso de que saliera escapado de mi despacho” (p. 167). De esta forma iba de lo general a lo particular y de lo nimio a lo relevante consiguiendo resultados positivos del alumno.

Esto es igual de importante que la evaluación inicial de contenidos que debemos hacerle al alumnado antes de dar cualquier contenido curricular. Hecho que lleva a cabo Manso: “Al comenzar nuestras conferencias me confesó ingenuamente que el *Quijote* le aburría; pero cuando dimos en él, después de bien estudiados los poetas, hallaba tal encanto en su lectura” (p.168). Manso comprueba el bagaje de su alumno, lo que le permite adoptar las medidas necesarias que consoliden los conocimientos graduales hasta llegar a nuestro objetivo curricular. Aquí se refleja la importante labor docente ya que “toda enseñanza deriva de su eficacia no solo del método, sino también del profesor, porque este es el que adapta finalmente el currículo a nuestros alumnos” (Núñez, 1998: 97).

Otro aspecto que lleva a cabo nuestro profesor de filosofía es “enseñarle todo prácticamente usando ejemplos” (p. 170) con lo que logramos motivar al alumnado, mostrándole con los ejemplos del presente la utilidad de lo que están aprendiendo. Con las nuevas tecnologías y las aulas preparadas para ello, tenemos la opción de mostrar cualquier hecho o aspecto y así, podemos conseguir por muchos más canales sensoriales, lo que permite que la transmisión del conocimiento sea más atractiva y duradera. Manso lo lleva a cabo: “Si quería imbuirle algún principio artístico, procuraba hacerlo delante de una obra de arte [...] y los fenómenos del orden físico los explicaba, siempre que podía, delante del fenómeno mismo” (p. 170). Ya que como afirma R. Chartier (2007) “La incorporación de estrategias innovadoras que desafíen una reflexión

en profundidad (propuestas lúdicas, análisis comparados, situaciones problemáticas, etc.) favorecerán la motivación y una participación más comprometida de los estudiantes en la construcción de sus aprendizajes” (citado en Rodríguez Reyes, 2012: 6)

El único requisito para que hagamos estas “adaptaciones curriculares”, con el objetivo de facilitar el máximo desarrollo de las capacidades de nuestro alumnado, solo hace falta decir, al igual que Manso “Yo era feliz con esta vida” (p. 170). Es decir, lo verdaderamente necesario es tener vocación docente para superar todas las barreras y retos que se nos presentarán en las aulas.

Manso nos muestra un poco más detalladamente su método pedagógico (p. 148): “cumplo enseñando a los demás lo que me han enseñado a mí”, es decir, transmite sus conocimientos, “trabajando sin tregua” entendemos por esto que se prepara bien las clases, “reuniendo con método cariñoso lo que en torno a mí veo, lo mismo la teoría sólida que el hecho voluble” entendemos que se refiere a que intenta encontrar aplicabilidad y uso en la vida cotidiana de los conocimientos adquiridos en clase, “así el fenómeno indubitable como la hipótesis atrevida; adelantando cada día con el paso lento y seguro de las medianías” palabras de las que se deduce que desea exponer diversas tesis manteniendo una posición ecuánime, es decir, no mostrarse autoritario, “construyendo el saber propio con la suma del saber de los demás” consideramos que apuesta por el aprendizaje cooperativo; “tratando por último de que las ideas adquiridas y el sistema con tanta dificultad labrado, no sean vana fábrica de viento y humo” es decir, nos habla de la utilidad de los contenidos; y concluye esta idea con la frase “El predicador que no practica lo que dice, no es predicador, sino un púlpito que habla” (p.148), donde nos explica que intenta ser coherente con sus palabras y con sus hechos.

Máximo Manso, como buen afín a los ideales de la Institución Libre de Enseñanza, estaba muy preocupado por el futuro de su discípulo: “«Este muchacho qué va a ser? [...] Tendremos en él una de tantas eminencias sin principio, o la personificación del espíritu práctico y positivo?»” (p.186), “Yo no cesaba de pensar en las dificultades con que Manolito tendría que combatir para abrirse paso en la sociedad y para ocupar en ella un puesto conforme a sus altas dotes” (p.188). Considero que el profesorado de ESO debemos preocuparnos en las tutorías sobre el futuro profesional de

nuestros alumnos para así fomentar sus metas y orientarle sobre sus necesidades formativas. Me resulta imprescindible que se realicen actividades y cuestionarios con los que los alumnos de secundaria vayan descubriendo cuál es su vocación y cuáles son los caminos de los que dispone para conseguirlo. A los 16 años ya tienen que decidir si hacer un bachillerato de letras o ciencias, o si hacer un ciclo de Formación Profesional y muchos no saben qué camino u opción tomar porque nunca se les ha hablado de ello. Todos los centros de secundaria disponen de un orientador que puede ayudarnos, como tutores del grupo-clase, a que los alumnos encuentren su objetivo profesional, un objetivo vital de los más importantes para todo ser humano. Que los alumnos conozcan su objetivo profesional puede motivarlos en el día a día de las clases, disminuyendo con ello el alto porcentaje de abandono escolar con el que cuenta nuestro país y, en concreto, nuestra comunidad andaluza. Cuando las personas sabemos a dónde queremos llegar es mucho más sencillo sortear los obstáculos que se nos presentan en el camino. Sin embargo, cuando no tenemos proyectado ninguna meta es más fácil distraerse en lo baladí y desistir ante las dificultades.

El profesorado debe servir de guía en las distintas materias que imparte, debemos enseñar al alumnado una buena base y los mecanismos para que en el futuro pueda defenderse por sí mismo. De este hecho es muy consciente Manso, que dice cuando cesa la dirección intelectual de Manso a Peña “ya podía aprender por sí solo todo lo cognoscible, y aun aventajarme” (p.191).

Una de las preocupaciones que encuentro en los adolescentes es la belleza y el dinero, este último constituye uno de los aspectos que más se tratan en *El amigo Manso* de Galdós. Como profesores de Lengua y Literatura podemos aportar nuestro granito de arena para que aspectos tan superficiales no se hallen entre las primeras prioridades de los adolescentes. A través de los clásicos literarios tenemos una gran muestra de estos temas con los que trabajar en el aula estas cuestiones e invitarles a reflexionar sobre ello.

Sobre las estrategias pedagógicas hay mucho escrito pero en este trabajo me voy a limitar las que aparecen de forma tácita en la novela galdosiana. La educación española tiene muchos asuntos pendientes todavía que trabajar y, sobre todo, mucho trabajo para disminuir las tasas de abandono y fracaso escolar de nuestro país. Debemos actualizar los métodos docentes a los tiempos actuales y eso no debe limitarnos al uso

de las TIC en el aula. Debemos preocuparnos por crear a ciudadanos útiles y para ello, considero que es muy importante que los Institutos de Educación Secundaria sean un reflejo de la sociedad en la que vivimos y que el alumnado pueda comprobar que los conocimientos que está adquiriendo le aportan los mecanismos necesarios para su desarrollo vital en el mundo.

6. CONCLUSIONES

El amigo Manso refleja simpatías con los institucionalistas pero Galdós vehicula su escepticismo ante la incompatibilidad entre el ideal teórico defendido por los krausistas españoles y la aplicación inmediata en la sociedad de la Restauración (Gómez-Martínez, 1983: 57). Esto se aprecia principalmente en Manso, el protagonista. Un filósofo que defiende los ideales de la nueva pedagogía que al entrar en contacto con la realidad no logra su objetivo de contribuir al perfeccionamiento de la sociedad. Una sociedad “demasiado aferrada a la parte material de la existencia para entender los valores absolutos que trata él de defender” (Rodgers, 1970-71: 442). Una sociedad arribista que no entendía, o no quería entender, lo que defendía el catedrático, tema principal del *El amigo Manso*, es decir, “la cuestión de la integridad moral que entronca con el ideario krausista” (Caudet, 2012: 109).

Esta incompatibilidad aparece también reflejada en la oratoria de nuestro intelectual, además del evidente episodio del discurso que emite Manso durante la velada que el gran público no comprende, se refleja también durante varias escenas de la novela. Una incomprensión basada en la alta intelectualidad de unos pocos frente a la baja instrucción de la gran mayoría. Aunque Manso es un personaje respetado por todos es indudable que la pícara doña Cándida y su hermano José María representan ese colectivo tan amplio que no comprendía lo que abogaba Manso. Sin embargo, Manuel Peña representa ese colectivo de una educación media que poseía las aptitudes necesarias para triunfar en dicho momento histórico, pero –de aquí el fracaso de Manso– acaba incorporándose “a la mundanidad triunfante incorregible ante sus tentaciones, en tanto el educador que al educador, Manso, le corresponde la prescindencia (Cabrejas, 1990: 154).

Galdós compartía en líneas generales el ideario krausista pero es consciente de lo difícil que lo tiene para medrar en la sociedad española del momento. “El krausismo del que estamos hablando no es doctrina filosófica, sino una forma de vida y norma de conducta” (Gullón, 1980: 64). El escepticismo galdosiano a los frutos de esta corriente en nuestro país está presente en *El amigo Manso* y se refleja mostrándonos la fuerza que tiene el medio local y el imperio de la costumbre, fuerzas mayúsculas que para derribarlas es necesario un cambio de paradigma social que no se lograría en pocos años. Seguro que Galdós volvería a escribir esta novela en el presente y reflejaría las dificultades que conllevaría implantar el modelo educativo finlandés en España, como mucha gente defiende sin tener en cuenta las diferencias estructurales por las que se rige cada sociedad, donde no cabe importar un modelo educativo sin más.

En *El amigo Manso* también está presente la contribución institucionista a la Educación de la mujer y, por extensión, del papel que desarrollaba en la sociedad, asignándole un papel más relevante, aunque no igualitario, en las aulas de educación infantil.

En definitiva, en este trabajo he defendido el escepticismo que Galdós refleja en la novela a la implantación del modelo educativo que pretendían los krausistas y al hecho de que el profesorado cuente con la alta probidad de conducta que exigía la Institución Libre de Enseñanza. Aunque los rasgos superestructurales del krausismo se muestren como un fracaso al aterrizar en la sociedad española, he analizado las técnicas pedagógicas que el profesor Manso utilizó con su discípulo, con las que obtuvo resultados satisfactorios, y que podrían seguir utilizándose en las aulas contemporáneas. Dichas técnicas son las de ganarse al alumnado, saber motivarle para que aprenda contenidos que de primeras rechazaba, la utilización de varios sentidos sensoriales en la explicación de los contenidos para lograr que sea un aprendizaje más duradero y que la vocación docente es lo más importante ante los obstáculos que el profesorado pueda encontrar en su andadura profesional.

7. BIBLIOGRAFÍA

CABREJAS, Gabriel (1990) “Galdós: la educación y la herencia, krausismo y naturalismo. El amigo manso: amor y pedagogía”, *Cuadernos para investigación de la literatura hispánica*, nº13, pp. 149-158.

CAUDET, Francisco (2010) “Introducción” en PÉREZ GALDÓS, Benito (2010) *El amigo Manso*, edición de Francisco Caudet, Madrid: Cátedra.

DÍAZ, Elías (1989) *La filosofía social del krausismo español*, Madrid: Editorial Debate.

DÍAZ, Elías (1998) “Krausismo e Institución Libre de Enseñanza: pensamiento político y social” en SOBEJANO, Gonzalo; LISSORGUES, Yvan (coord.) *Pensamiento y literatura en España en el siglo XIX. Idealismo, positivismo, espiritualismo*, Mirail, Toulouse: Presses Universitaires du Mirail.

GÓMEZ-MARTÍNEZ, José Luis (1983) “Galdós y el krausismo español”, *Nueva Revista de Filología Hispánica* 22.1, pp. 55-79.

GUERRERO SALOM, Enrique; QUINTANA DE UÑA, Diego; SEAGE, Julio (1977) *Una pedagogía de la libertad: la Institución Libre de Enseñanza*, Madrid: Cuadernos para el diálogo.

GUILLÉN, Claudio (2007) *De leyendas y lecciones. Siglo XIX, XX y XXI*, Madrid Crítica.

GULLÓN, Ricardo (1980) *Técnicas de Galdós*, Madrid: Taurus.

HODDIE, James H. (1996) “Hegel in Galdós *El amigo Manso*” en *Revista de estudios hispánicos*, nº 23, pp. 57-72.

JOVELLANOS, Gaspar Melchor (2012) *Memoria sobre educación pública, o sea, tratado teórico-práctico de enseñanza, con aplicación a las escuelas y colegios de niños*, Madrid: Biblioteca nueva.

LÓPEZ-MORILLAS, Juan (1972) *Hacia el 98: Literatura, sociedad, ideología*, Barcelona: Ariel.

- MARTÍN EZPELETA, Antonio (2008) “Aspectos religiosos en *El amigo Manso* de Galdós”, *Isidora: revista de estudios galdosianos*, nº 6, pp. 85-100.
- MORA, José Luis (1998) “La novela galdosiana como interlocutora de la pedagogía institucionista”, en LÓPEZ ÁLVAREZ, Juan (ed.) (1998) *La Institución Libre de Enseñanza y la cultura española*, Cádiz, Universidad de Cádiz.
- MUÑOZ, Miguel Ángel (2015, 15 de julio) “Palabras urgentes sobre la librería” Sintagma Recuperado de <http://www.elsindromechejov.com/palabras-urgentes-sobre-la-libreria-sintagma/>
- NÚÑEZ RUIZ, Gabriel (1998) “Notas sobre las relaciones de la teoría literaria con la didáctica de la literatura”, *Revista interuniversitaria de formación del profesorado*, nº 31, pp. 91-99.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (1993) *Fortunata y Jacinta*, Madrid: Planeta.
- PÉREZ GALDÓS, Benito. (2010) *El amigo Manso*, edición de Francisco Caudet, Madrid: Cátedra
- RODGERS, Eamonn (1970-71), “Realismo y mito en *El amigo Manso*”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº250-252, pp. 430-444.
- RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio (1982) “El amigo Manso, novela política”, *Nuevo Hispanismo*, II, pp. 57-71.
- RODRÍGUEZ REYES, Claudia (2012) “El lugar de la teoría literaria en la didáctica de la literatura”, *Álabe*, nº 5. Recuperado de <http://revistaalabe.com/index/alabe/article/view/73> [consultado el 21 de julio de 2015].